Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerías de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

UN CORAZON MATERNAL.

Comedia en tres actos arreglada de una ópera de Scribe por D. RAMON DE NAVARRETE, *estrenada en el teatro de la Cruz el 5 de enero de 1849.*

PERSONAGES.	ACTORES.
DUQUE DE CRAMPCARVILLE, *emigrado francés.*	D. *Antonio Iriarte.*
ATA, *su hija.*	*Doña Juana Samaniego.*
CARLOS DE ASPREMONT, *coronel al servicio de Bonaparte.*	*D. Manuel Catalina.*
MADAMA BERTRAND, *comerciante en sedas.* . .	*Doña Joaquina Baus.*
GERONIMO, *primer dependiente suyo.*	*D. Vicente Caltañazor.*
ROBERTO, *mayordomo de un príncipe.*	*D. Manuel de Ossorio.*
GERVASIO, *álias* BUSCA-RUIDOS, *soldado.* . . .	*D. José Dardalla.*
FLATMAN, *posadero.* . . .	
Criados, soldados, aldeanos, etc.	

La escena pasa en un pueblo de Westfalia, nes del año de 1814.

ACTO PRIMERO.

l teatro representa la plaza de una aldea: á la dere- ha verja de un castillo: á la izquierda una posada.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, BUSCA-RUIDOS *está enmedio del teatro rodeado de aldeanos y soldados que beben en mesas: á la izquierda, y en un estremo, almuerza* GERONIMO *sentado delante de una mesita.* FLATMAN *va y viene desde la mesa á su casa.*

BUS. Como os digo, muchachos, yo no he sabido hacer en mi vida mas que dos cosas: batirme como un héroe, y despues beber para celebrar mis triunfos. Asi, ya que ahora no me bato.... amigos mios, sacad la consecuencia. Vino largo, vino largo! (*beben todos.*)

TODOS. Vino!

GER. Qué buen humor gasta el soldado!

BUS. Qué haces tú ahi bebiendo solo cerveza? Ven acá á echar un trinquis con nosotros! Yo pago.. con que el vaso lleno. (*Gerónimo se acerca y alarga su vaso.*)

GER. Gracias, querido. (*ap. despues de beber.*) Este soldado debe ser millonario!

FLAT. Hola! hola! camarada, parece que os habeis propuesto obsequiar á todo el mundo. Sabeis que esa es la vigésima botella?

BUS. La décima octava!

FLAT. No, la vigésima!

BUS. Pues entonces traed otras dos....

FLAT. No hay inconveniente, con tal de que me pagueis antes las que habeis desocupado.

BUS. Nada mas justo. (*buscando en todos sus bolsillos.*) Cáspita! El dinero se va como agua! Estoy seguro de que tenia antes, y ahora... (*a Gerónimo.*) Tienes tú por casualidad?

GER. Seguramente.

BUS. (*á Flatman.*) Entonces, pásale á él la cuenta.

GER. (*rechazando á Flatman que se la presenta.*) Pues está bueno! Qué tengo yo que ver..? El, él pagará!

BUS. Tú ó yo.. con tal de que bebamos, me es indiferente.

GER. Pues á mí no.

BUS. Con que, chicos, otro trinquis á la salud del pagano! Ah! ah! ah! (*todos beben.*)

GER. Yo bebo siempre... pero no pago nunca.

FLAT. Acabemos, ¿con quién me he de entender?

BUS. (*señalando á Gerónimo.*) Con ese.
GER. (*señalando á Busca-ruidos.*) Con ese.
FLAT. Si no despachamos, acudiré á la autoridad.
BUS. Hola! hola! Posadero estúpido, aqui esta mi caldero! (*sacando un reló.*)
GER. Su reló!
BUS. Y de plata nada menos! Cáspita! Y siento entregárselo á ese bribon, porque es un recuerdo de familia. Asi como asi, no es la primera vez que el pobre queda en prenda... y ya habrá aprendido el camino! Toma! (*dándoselo á Flatman.*)
FLAT. (*mirándole.*) Bien valdrá veinticinco escudos.
BUS. Ahora, muchachos, para digerir bien el desayuno, os invito á una partida de caza en ese magnífico soto que se vé desde aquí.
FLAT. Dios me perdone! Pues no está empecatado? Si no se puede cazar ahi! Ese soto pertenece al Príncipe!
BUS. Aunque pertenezca al mismo diablo! Quereis venir, camaradas?
TODOS. Si! Si!
FLAT. Pero escuchad!...
BUS. Adios, posadero ruin y estúpido... Cuida bien mi caldero... Vamos.
TODOS. Vamos! (*vanse.*)
FLAT. (*entrando en su posada.*) Que se compongan como puedan! Yo ya los he avisado! (*vase.*)

ESCENA II.

MADAMA BERTRAND, GERONIMO.

GER. (*mirando alejarse á Busca-ruidos.*) Qué mala cabeza tiene ese jóven francés! Y sin embargo, cuanta alegria causa encontrar á un compatriota en pais estrangero! (*quitándose el sombrero.*) Ah! Madama Bertrand! Y qué hermosa está con ese trage aleman!
MAD. (*saliendo de la posada.*) Qué haces ahi, perezoso?
GER. Acabo de almorzar... lo cual es muy útil.
MAD. Ciertamente.
GER. Y luego os contemplo... lo cual es muy agradable! (*Madama Bertrand se encoge de hombros.*) Caspitina! Qué frescota, qué guapota estais!
MAD. Déjate de simplezas. Lo has dispuesto todo para nuestra marcha?
GER. Siempre en camino! Siempre trabajando! No es tiempo ya de que disfruteis lo que habeis ganado? ¿Hay por ventura en Hamburgo, en Copenhague, en toda la Suecia, una fábrica de sedas como la que poseeis?
MAD. Ponderativo!
GER. No sois ya millonaria?
MAD. No es verdad.
GER. No es verdad? Y me lo decis á mi, á vuestro primer dependiente, vuestro mayordomo, vuestro fac-totum, que estoy al corriente de...?
MAD. Pues bien, es menester que te calles, y no se lo digas á nadie.
GER. A los otros, santo y bueno; mas á vos...
MAD. Basta.—¿Has adquirido las noticias que te encargué acerca del duque de Champcarville?
GER. Si que me descuido yo!—Es un gran señor emigrado, que reside hace mucho tiempo en Alemania, y habita ahi, en ese soberbio castillo de Reichembach, que tiene alquilado.
MAD. (*con impaciencia.*) Eso ya lo sabia.
GER. Y sabiais tambien que un dia de estos va á volverse á Francia, en seguimiento del rey Luis XVIII?
MAD. Lo cual no me interesa. Es cierto, como me han asegurado, que conoce al marqués de Aspremont?
GER. Ya lo creo! Si dicen todos en la posada que el tal marquesito será su yerno!
MAD. Y qué es Mr. de Aspremont?
GER. Dios mio! Cuantas preguntas! Es coronel de un regimiento francés que ha quedado aqui de guarnicion.
MAD. Entonces voy á hablarle.
GER. Aguardad: el regimiento se halla en Westfalia... pero el coronel ha sido llamado á Paris hace algunos meses.
MAD. Pues nos iremos allá.
GER. A Paris? Y por qué?
MAD. No te importa.
GER. Y me decis eso á mi que os quiero tanto?
MAD. Vé á enganchar el caballo en el cabriolé.
GER. (*sonriéndose.*) El cabriolé... siempre ese maldito cabriolé de mimbre!.. Vos que podriais viajar en silla de posta, con cuatro caballos y dos postillones.. Y todo el mundo diria: »Quién va ahi?—Madama Bertrand, la comerciante, y Gerónimo su dependiente.—Cáspita! Es buena moza esa muger! Y él tambien es guapo chico!
MAD. No, yo no gasto mi dinero en tales tonterias; quiero hacer mejor uso de él, y luego debo dar cuenta...
GER. A quién? Sois viuda, no teneis hijos! (*ap. mirando á Madama Bertrand, que levanta los ojos al cielo suspirando.*) Me parece que ha suspirado! Esta es escelente ocasion! Y como ha tanto tiempo que aguardo una favorable... (*alto.*) Madama Bertrand...
MAD. (*saliendo de su distraccion.*) Cómo! Aun no te has marchado?
GER. Ya me voy... Ya me voy. (*ap.*) Mejor será esperar otro poquito para declararme!
MAD. Oye.
GER. (*volviendo.*) Ah! Sois vos quien me detiene?
MAD. Una vez que hay aqui soldados, infórmate con maña acerca de... de ese coronel Aspremont... No me parece muy dificil...
GER. Ya lo creo! como que acabo de almorzar con uno de ellos... con un jóven militar...
MAD. (*vivamente.*) Con un jóven?
GER. (*sorprendido.*) Y qué os importa?
MAD. Qué edad tendria?
GER. Veinte ó veintidos años. Es particular, señora, cómo os interesais por la juventud! Vos que por lo demas sois una mujer razonable, en cuanto se habla en vuestra presencia de muchachos, le atormentais á uno á preguntas. Ya que lo quereis saber, os diré que el perillan de quien se trata, es un calavera de primera clase, que acaba de dejar su reló en prenda para pagar al posadero.
MAD. Y qué tiene eso de estraño? Un pobre jóven en pais estrangero... lejos de su familia, y de su madre, que quizás no sabe lo que es de él! (*vivamente.*) Mira, desempeña el reló, y devuélveselo.
GER. Vaya una idea!

Mad. Toma mi bolsillo, y vé pronto.
Ger. Menos se necesitaria para...
Mad. Dale tambien lo que sobre.
Ger. Se lo beberá!
Mad. Tanto mejor! Con tal de que beba por la Francia, por su familia... por su madre... Tú se lo mandarás en mi nombre!
Ger. En cuanto á eso no hay necesidad de mandárselo. Aqui viene el señor duque de Champcarville con su hija...
Mad. Bien, déjame con ellos; ejecuta mis órdenes, y vuelve.
Ger. Está muy bien. (*ap.*) Ha perdido la chaveta! (*entra en la posada.*)

ESCENA III.

Madama Bertrand, el Duque, *y* Agata.

Aga. Cómo, papá, salis tan temprano y á pié?
Duq. He escrito, he trabajado tanto esta mañana, que ahora necesito hacer ejercicio. Voy al castillo inmediato, que apenas dista media legua.
Aga. No quereis que os acompañe?
Duq. No es posible, querida Agata: negocios graves, asuntos del Estado...
Aga. Alguna entrevista secreta?
Duq. (*en tono importante.*) Si... un desayuno... secreto... en el que deben entregarme las órdenes del Rey, para nuestra partida, para nuestro regreso á Francia. Con que adios, adios, hija mia!
Aga. No veis antes de partir á ese pobre hombre que os pide audiencia?
Duq. No.
Aga. Y está ahi desde por la mañana, en la posada, esperando vuestra respuesta.
Duq. Qué respuesta quieres que dé á un billete semejante? (*sacándolo y leyéndolo.*) »Rigoberto saluda al señor Champcarville.»
Aga. Al señor Duque dice...
Duq. No por cierto.
Aga. Es que está mal escrito. (*leyendo.*) »Rigoberto saluda al señor Duque de Champcarville, y le pide un instante de audiencia. Aguarda su contestacion en la posada del Aguila Blanca.»
Duq. Qué llaneza! Un Rigoberto tratarme de igual á igual! Resabios de la revolucion! Pero estamos en 1814, y yo les enseñaré... (*á un criado que les sigue.*) Decid á ese Rigoberto, que me es imposible tener el gusto de recibirle. (*el criado entra en la posada, y el Duque da algunos pasos para marcharse. Madama Bertrand, que hasta entonces ha estado retirada, se presenta á él.*)
Mad. Perdonad, señor...
Duq. Otra? Qué hay?
Mad. (*un poco turbada*) Hay, en primer lugar, señor Duque, que conoci hace tiempo en mi comercio, porque soy comerciante en sedas, á un tal Rigoberto que era escelente hombre. Ignoro si es el mismo de quien hablais... pero no se trata de él, sino de mi...
Duq. Vais á solicitar mi parroquia? Pues entendeos con mi mayordomo en Paris, cuando estemos allá.
Mad. Admito con gusto esa proposicion; aunque venia á otra cosa... Venia á preguntaros dónde podria encontrar en Paris á una persona que tengo gran interés en ver... al señor coronel de Aspremont.
Aga. (*ap.*) Carlos!
Duq. (*con altanería.*) Linda ocurrencia! Quereis que yo os dé semejantes noticias?
Mad. Es muy natural; como dicen que el señor Marqués debe ser vuestro yerno...
Duq. (*colérico.*) Mi yerno? Y quién lo dice?
Mad. (*turbada y viendo las señas de Agata.*) Me habian asegurado al menos, en la posada, que el señor marqués pretende la mano de esta señorita, y...
Duq. No se me ha comunicado tal noticia. (*á Agata.*) Y tú lo sabes sin duda, Agata?
Aga. (*tímidamente.*) No, papá; pero ha muchos meses que el marqués se halla en el pais con las tropas de su mando... y sus visitas al castillo .. han hecho suponer...
Duq. Me es muy lisongero que en la posada del Aguila Blanca se dignen ocuparse del enlace de una Champcarville con un coronel de Bonaparte; y ya que estan tan bien informados, ahi podeis proporcionaros los datos que necesitais.
Mad. (*siguiéndole, y con acento suplicante.*) Señor Duque!.. Señor Duque!..
Duq. (*saludándola.*) Servidor vuestro, señora. (*vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

Madama Bertrand, Agata.

Mad. De cualquier modo que sea, es menester que yo hable á Mr. de Aspremont.
Aga. (*acercándose á ella vivamente.*) Le hablareis... aqui mismo... Yo me encargo de ello!
Mad. Es posible, señorita? Y cómo?
Aga. Una órden del ministro de la Guerra le habia llamado á París; hoy regresa para conducir á Francia su regimiento, que servia en la division de VVestfalia; pero nadie lo sabe aun; asi...
Mad. Me callaré, me callaré; y solo siento haberos causado tal vez un disgusto con mi imprudencia.
Aga. Si, mas valia que no hubieseis dicho nada.
Mad. No me volverá á suceder.... Con que vuestro padre no quiere...?
Aga. Silencio!
Mad. Se le conoce que es orgulloso. Mas creo que los Aspremont pertenecen tambien á una ilustre familia; y el actual marqués, último de su estirpe....
Aga. Si, sin duda... pero juzgan que ha echado una mancha en su blason. Se ha batido por la Francia; ha servido al Emperador, fué nombrado coronel por este, herido en la batalla de Dresde.... He aqui cosas que mi padre no perdonará nunca!
Mad. (*sonriéndose.*) Comprendo! El, que ha permanecido siempre puro y fiel.... sin hacer nada!..

ESCENA V.

Dichos, Rigoberto *saliendo de la posada con el criado.*

Rig. Con que el señor Duque no puede recibirme hoy por la mañana? Decidle que será esta tarde; que esperaré. Asi como asi, ya estoy acostumbrado.... como que no hago otra cosa vein-

te años há. (*el criado entra en el castillo.*)

MAD. Señor Rigoberto!...

RIG. Madama Bertrand! Vos aquí? Ya nada temo, porque siempre habeis sido mi angel tutelar.

MAD. Amigo mio!

AGA. (*bajo.*) Quién es este original?

MAD. (*lo mismo.*) Nunca lo he sabido!

AGA. De veras?

RIG. Apuesto á que esa señorita os preguntaba quién soy.... yo la responderé. Soy un pobre diablo, que me rio de todo, de los bienes como de los males; que no me engrio en la prosperidad, ni me desanimo en la desgracia; soy en fin, un filósofo, y nada mas.

MAD. Pero tan bueno, tan benéfico, tan consecuente! Siempre se le encuentra igual!

AGA. Hace muchos años que os conoceis?

RIG. Ya lo creo! Como que al principio hice la tontería de enamorarme de ella.... por gratitud. Figuraos....

MAD. (*interrumpiéndole.*) Basta, basta; no hay necesidad de repetir....

RIG. Vos quizás no, pero yo.... Yo necesito repetir y publicar mis deudas.... Hasta ahora es el único medio que he tenido de pagarlas. Figuraos, señorita, que habrá unos veinte años, yo joven entonces, habia ido á divertirme á Paris.... ciudad deliciosa que no ofrecia muchas delicias á la sazon, porque la mitad de sus habitantes se divertia en matar ó encarcelar á la otra mitad. Yo fuí de esta, y aunque estranjero, me trataron como á compatriota. Sin embargo de no comprender muy bien el francés todavia, me pareció absurdo verme preso en el reinado de la libertad; y juzgué que no seria ningun disparate procurar evadirme. Pero la policia no fué de la misma opinion; me persiguieron con sable en mano de calle en calle, cuando encontré por casualidad una tienda abierta....

AGA. (*señalando á Madama Bertrand.*) La suya?

MAD. Basta!

RIG. No.... no basta!... Ella me salvó, y me tuvo oculto durante seis semanas.... á mi, á quien no conocia, con riesgo de su existencia y la de su marido.

MAD. Pobre Ricardo!

RIG. A no ser porque era un hombre de bien á carta cabal, yo os hubiera adorado.... ó al menos os lo habria dicho. (*á Agata.*) Esto no es nada aun. Seis años despues, en Alemania, donde yo habia tenido antiguamente muchos amigos, no hubo uno solo que quisiera prestarme un millar de florines que necesitaba, cuando he aqui que encuentro en el camino real, por el que yo iba á pié, á Madama Bertrand con su esposo, en un cabriolé de mimbre.

MAD. En el que os ofrecimos un sitio.... gran cosa!

RIG. Dandome despues cuatro mil libras en una vieja cartera colorada... que por mas señas conservo.

MAD. Las cuales nos devolvisteis á los dos años.

RIG. No importa. Creeis por eso que nada os debo? Pues no tal, y os declaro que no quiero morir insolvente, y que si alguna vez.... Mirad, que os querrá ese joven con sus gestos? (*viendo á Jerónimo en la puerta de la posada.*)

MAD. Es Jerónimo, mi dependiente.

AGA. Adios, Madama Bertrand; lo que acabo de saber aumenta la estimacion que os profeso. Vereis á Monsieur de Aspremont; y os prometo que os concederá cuanto le pidais. (*entrándose por la verja del parque, y saludando á Rigoberto.*)

ESCENA VI.

MADAMA BERTRAND, RIGOBERTO, JERONIMO.

MAD. Escelente señorita! Dios la haga feliz! (*á Jerónimo.*) Qué vienes á anunciarme?

JER. Que está enganchado el cabriolé.

RIG. El cabriolé de mimbre?

MAD. Siempre el mismo! (*á Jerónimo.*) Pues desengánchale, porque ya no me marcho hasta mañana.

JER. Madama Bertrand, os lo confieso, me vais alarmando! A cada instante una idea nueva!... En cuanto á la de antes, aqui está! (*señalando á su bolsillo.*)

MAD. Bien.

JER. Le he rescatado; pero no he podido devolverselo á su dueño, porque en atencion á haber cazado en los bosques de S. A.; los gendarmes...

MAD. Pues que, ¿hay gendarmes aqui?

RIG. Los hay en todas partes. Progresos de la civilizacion!

JER. Como os decia, los gendarmes le han conducido muy bonitamente á casa del burgomaestre. (*entregándola el reló.*) Asi, tomad este caldero... que es una preciosa antigualla!

MAD. Dios mio! (*mirando el reló con emocion.*)

JER. Qué teneis?

MAD Y es de veras de ese joven soldado...?

JER. Un recuerdo de familia, segun dice.

MAD. Yo quiero verle; yo quiero hablarle sin dilacion.

JER. Si está preso!

MAD. No importa!

JER. Tiene que satisfacer una multa...,

MAD. Págala.

JER. Si son cien escudos!

MAD. Aunque fuese doble, págala pronto.... y vuelve. Me has entendido?

JER. (*Cada vez mas admirado.*) Mirad, señora, que esto no puede durar! Vos que erais tan arreglada antes! Vos que....

MAD. (*fuera de si.*) Ah! Me haces morir de impaciencia! No conseguiré que me obedezcas?

JER. Siempre... siempre... Y voy corriendo... (*ap.*) No hay duda: ha perdido el juicio! (*vase.*)

ESCENA VII.

MADAMA BERTRAND, RIGOBERTO.

RIG. Tiene razon ese muchacho. Yo que os he visto tranquila en medio de los mayores peligros, yo que he admirado siempre vuestra sangre fria, no os reconozco ahora. Parece que os sentis indispuesta!.. Vamos, respondedme; qué es eso?

MAD. Perdonadme; no he podido reprimir el primer impulso.... Yo que he resistido á tantos dolores, me he dejado vencer por la alegria! Pero ya estoy pronta á soportarlo todo con calma.... aun la pérdida de mis ilusiones!

RIG. Qué significa....?

MAD. A vos bien puedo confiároslo todo, mis te-

mores y mis penas!

Rig. Asi lo espero; vuestra fortuna os pertenece entera; mas vuestros disgustos debemos compartirlos....

Mad. Acepto, amigo mio, acepto. Nunca os he dicho que algunos dias despues de vuestra fuga, fué denunciado y acusado mi pobre marido.

Rig. Por haberme salvado!

Mad. Quizás! Nos vimos obligados á huir tambien, y buscamos un asilo en nuestro pais, la Bretaña ocupada entonces por el ejército realista. Bertrand tomó un fusil, y se unió á los vendeanos; yo los seguí en compañia de muchas ilustres señoras que tampoco querian separarse de sus hermanos ó de sus maridos. Un dia, era en las cercanias de Clisson, sucedió un gran desastre. Batidos por fuerzas superiores, los vendeanos fueron dispersados y perseguidos en todas partes. Llevando á mi hijo en un brazo y sosteniendo con el otro á mi esposo, peligrosamente herido, yo veia nuestra pérdida inevitable. Los tres ibamos á perecer!—Dios mio! Dios mio! decia yo para mi; yo moriré con Bertrand; pero salvad á mi hijo!-El cielo me oyó, porque en el mismo instante vi venir hácia nosotros, por el camino real, una carretela que huia á galope.... Coloco entre las mantillas del niño mi bolsa, mi reló y mi cruz de oro, y esclamando: «salvadle....» le arrojo al carruage que desaparece llevándose mi tesoro! Otro me quedaba! Sola ya con Bertrand, curé á toda prisa sus heridas; y un tanto reanimado asi, tuvo fuerzas para arrastrarse hasta un pantano, donde permanecimos ocultos durante la noche!

Rig. Y alli pensabais...?

Mad. En mi hijo! Al amanecer habia desaparecido la caballeria republicana...—Valor, amigo mio, le dige entonces á Bertrand; acerquémonos á la costa, y quizás hallaremos algun pescador que nos preste su barca.—Todo sucedió como yo lo habia esperado, y al dia siguiente abandonamos la Francia, á la cual no nos era permitido volver!

Rig. Pobre madre!

Mad. No os narraré nuestra vida en pais estranjero: activos, inteligentes, volvimos á hacer una pequeña fortuna; de suerte que cuando enviudé, era rica otra vez! He seguido trabajando para mi hijo... cuando le encuentre... Mas cómo encontrarle si no podia entrar en Francia...?

Rig. Sin esponeros á la muerte!

Mad. Y yo no queria morir sin abrazarle! En fin, despues de muchos años, nuevas revoluciones abrieron á los desterrados el camino de su pais! Pero hácia qué lado debia yo dirigir mis pesquisas? Lo único que recordaba es que la carretela era amarilla, con un escudo de armas, del que solo distingui una banda roja. Fuí pues á Paris, y estudié todos los blasones.... Oh! Cuantas tentativas inútiles! Cuantas esperanzas burladas! Asi, ocultando á todos mi secreto, no hablando á nadie de lo que hubiera provocado su risa ó su compasion, oia, trabajaba, buscaba siempre! Una madre no se cansa ni se desanima nunca! Por último, un dia vi en casa de un pobre pintor un paisage muy poco notable por lo demás; pero en cuyo marco brillaban unas magnificas armas, cruzadas por una banda roja.—Qué es esto? pregunté con emocion al artista.—La vista del castillo de Aspremont en Lorena.—Y dónde se hallan los Aspremont? No sé: un marqués de ese titulo mandaba en 1793 en la Vendée; y el último vástago de esa familia sirve en un regimiento de la guardia imperial.—Ese regimiento está aqui, en Westfalia.

Rig. Comprendo! Habeis visto al Marqués y os ha dado noticias....

Mad. (*con alegria.*) Que ya no necesito, porque lo he descubierto todo sin él! Este reló, que pertenece á un joven militar de su regimiento, es el de mi marido.... mirad su cifra y la mia! Yo se lo di á mi hijo con mi bolsillo, con mi cruz de oro.... con todo lo que entonces poseia.... Y voy á verle, porque se halla muy cerca...

Rig. Es posible?

ESCENA VIII.

Dichos, Jerónimo, *luego* Busca-ruidos.

Jer. Aqui está! Aqui está!

Rig. (*á Madama Bertrand que quiere correr hácia Busca-ruidos, y deteniéndola.*) Silencio! Aun podeis engañaros!

Mad. No, no; estoy segura de ello! Pero... pero...

Rig. (*viendo su confusion.*) Pero yo os incomodo... os impido consagraros enteramente á él. Por qué no me lo deciais? Con que asi, os dejo.

Mad. (*estrechándole la mano.*) Adios, amigo mio.

Rig. Prudencia! prudencia! (*vase por el fondo, despues de dirigir una mirada hácia Busca-ruidos.*)

Jer. (*acercándose á Madama Bertrand.*) Cáspita! Sabeis cuanto nos cuesta? Trescientos francos!

Mad. Bien!

Jer. Y luego quiere ver á la que le ha libertado!

Mad. Pobre joven! Y por qué no viene?

Jer. Porque le costaba mucho trabajo seguirme, en atencion á que mientras ha estado preso no ha hecho mas que beber:... para distraerse.

Mad. Eso es falso!

Jer. Como que está borracho perdido. Sino, miradle.

Mad. Es él! (*vá á arrojarse en sus brazos, y se detiene al ver que Gervasio no puede tenerse de pié.*) Dios mio!

Bus. Cáspita con el vinillo del Rhin... Se le sube á uno.... á la cabeza! Sin embargo; es lo mejor.... que hay.... en Alemania!

Mad. (*con dolor.*) Y este es el que yo deseaba tanto hablar! Ah!

Jer. Por qué se turbará al verle? (*ap.*)

Mad. Amigo mio.... amigo mio.... esplicadnos...

Bus. (*vacilando.*) Si.... si.... espliquémonos!

Mad. Sabeis?...

Bus. Este maldito vino aleman.... dá mucha sed!

Jer. Habrá condenado!

Bus. (*golpeando en una mesa.*) Hola! Hola!.. Dadme algo para que me se quite la sed!

Flat. (*saliendo.*) Quién llama?

Bus. Yo.... vino!

Flat. Si antes no me lo pagas....

Bus. (*colérico.*) Vino te digo!

Flat. No te lo traeré!

Mad. (*ap.*) Cielos!

Bus. (*viendo á algunos soldados de su regimiento que salen de la posada.*) Camaradas.... este picaro quiere hacer morir de sed.... á todos los solda-

dos franceses....
SOLD. 1.°. Habrá tunante!
ID. 2.°. A ver como le sirves pronto!
BUS. Si, que me sirva.... que me sirva!
FLAT. No! No!
MAD. (*ap.*) Yo me muero!
BUS. Vino! Vino! Yo te lo mando!

ESCENA IX.

Dichos, CARLOS.

(Carlos sale por la derecha, vestido de paisano, y sin mas distintivo que la cinta roja en el frac.)
CAR. Y yo te lo prohibo!
SOLDADOS. El coronel!!
BUS. Quién habla asi...? Quién es el temerario...? (*sin verle.*)
SOLD. 1.°. Callate! Callate!
BUS. No quiero callar! (*á los que le contienen.*)
CAR. (*á los soldados.*) Llevaosle!
BUS. No quiero que me lleven.... Tengo derecho para quedarme.. . para beber.... y beberé!
MAD. (*fuera de si.*) Vá á perderse!
CAR. Miserable!
BUS. Quién me llama miserable?... Aguarda, aguarda... y verás...
(toma el sable de uno de sus camaradas, lo levanta, y se dirije tambaleándose hácia Carlos. Madama Bertrand exhala un grito, y se interpone.)
MAD. Ah! Que haceis? (*los soldados le desarman.*)
SOLD. 1.°. No vés que es nuestro gefe?
BUS. Mentira! Si no lleva uniforme!
SOLD. 1.° Levantar el sable contra él! Pagarás con tu cabeza!
MAD. Desventurado!
BUS. (*adelantándose hácia Cárlos.*) Es verdad.. . entonces es diferente!
CAR. (*á los soldados.*) Prendedle!
MAD. No hay esperanza!...
BUS. (*mientras se le llevan.*) Si habré hecho alguna diablura? La culpa la tiene ese maldito vino! (*los soldados se le llevan, y Madama Bertrand queda sola con Cárlos.*)

ESCENA X.

MADAMA BERTRAND, CARLOS.

MAD. (*deteniendo á Cárlos, que se vá á alejar.*) Señor.... señor.... Sois vos su coronel?... Mr. de Aspremont?
CAR. Si; qué me quereis?
MAD. (*fuera de si.*) Soy la muger mas infeliz del mundo! No habeis visto á la señorita Agata de Champcarville, que debia protegerme?
CAR. Pero qué teneis? Por qué llorais? Si sois desgraciada, no necesitais conmigo de otra recomendacion. Hablad, señora; qué puedo hacer en vuestro obsequio?
MAD. Cuantas bondades! Ese joven soldado.... él no me conoce.... Pero yo.... (*con emocion.*) por razones.... por razones de familia demasiado largas de esplicar... en fin, yo me intereso mucho por él!
CAR. (*estrechándola las manos.*) Ya lo veo!
MAD. Seria cierto.... lo que.... lo que sus compañeros decian poco há? Seria cierto que.... por haber levantado el sable sobre vos...?
CAR. Si, si: la ley lo ordena!
MAD. Pensad que no estaba en sí... que se hallaba ébrio....
CAR. La ley no reconoce esa escusa.
MAD. (*trémula.*) Y vos hareis ejecutar la ley?
CAR. El Rey mismo no podria dispensarse de ello! Tranquilizaos.... Yo tambien quiero á ese pobre chico!...
MAD. (*con efusion.*) Le quereis? No es verdad que es un buen muchacho.. un buen militar?
CAR. (*sonriéndose.*) Al contrario... es un mala cabeza!
MAD. (*con dolor.*) Ah! Dios mio!
CAR. Casi siempre está arrestado! Yo le conozco desde la infancia, he sido educado con él...
MAD. (*vivamente.*) En vuestro pais.... en la Vendée?
CAR. Si señora. Le hice entrar en mi regimiento para encargarme de su suerte; para ascenderle.... Y nunca he podido conseguir que pase de soldado! Será menester que se dedique á otra cosa!
MAD. Mas si le fusilan hoy...
CAR. (*á media voz.*) Y si la licencia que voy á darle estuviese fechada de ayer?..
MAD. Será posible?
CAR. Silencio! Que esto quede entre nosotros dos; pues lo que hago no está permitido!
MAD. Permitido ó no, Señor coronel, lo que haceis es admirable! Sois un escelente joven!.. y se conoce que teneis mucho de esto! (*señalando al corazon.*)
CAR. (*queriendo contenerla.*) Señora!
MAD. Un rasgo semejante os conquista mi corazon! Mirad, yo no sé decir frases bonitas; pero Madama Bertrand, comerciante en sedas, es mas conocida por sus obras que por sus palabras. Si, si, coronel; podeis contar conmigo hasta la muerte!
CAR. (*estrechándole la mano.*) Gracias, gracias, amiga mia!—Perdonad que os deje... Voy á poner en libertad al prisionero.. Os le enviaré, y despues...
MAD. (*sonriéndose.*) Y despues... la señorita Agata os esperará.—Id, id! Eso es muy justo!
CAR. Cómo! Sabeis..?
MAD. Que ambos mereceis todas las felicidades del mundo; y si yo pudiera contribuir á ello, no habria sacrificio á que no estuviese dispuesta!
CAR. Cuán buena sois! (*conmovido, va á marcharse; pero viendo que Madama Bertrand tiene los ojos fijos en él, se detiene y se acerca de nuevo á ella.*) Qué teneis? En qué pensais?
MAD. Pienso... pienso en vuestra madre... que debe ser muy feliz!
CAR. (*suspirando.*) Mi madre! No la he conocido nunca!
MAD. Entonces, que desgracia para vos... y sobre todo, para ella! Adios, señor coronel, adios! (*vase Carlos.*)

ESCENA IX.

MADAMA BERTRAND, *sola.*

Qué hermoso es! Qué porte tan distinguido el suyo! Ah!.. Ese es el hijo que yo habia soñado! Y cuando pienso que el mio... (*suspirando.*) No importa! Pobre muchacho! No tiene él la culpa... ni yo tampoco!... Pero lo primero es que le vea, que le hable... que nos conozcamos en fin, porque hasta ahora... Ah! El es!

ESCENA XII.

Dicha, y Busca-ruidos.

Bus. (*sale con la pipa en la mano: ya no está ébrio; mas le queda un poco de pesadez en la cabeza.*) Gracias, mi coronel, (*hablando hácia adentro.*) mil gracias!—Vaya al diablo la cartuchera, y viva la libertad!—Tengo mi licencia! (*saludando á Madama Bertrand.*) Hola! Esta es una cara conocida... aunque no sé en qué pais estaba cuando la he visto.

Mad. (*en tono de queja.*) Sin duda en un pais donde es costumbre embriagarse.

Bus. (*encendiendo su pipa.*) Esa es costumbre de todos los paises.

Mad. Y ahora que teneis vuestra licencia, qué vais á hacer?

Bus. Cuando uno ha servido en caballeria, le parece humillante quedarse á pié... Asi, tengo una idea, una idea magnifica. Hay aqui cerca una plaza de maestro de posta que se vende, y como es un término medio entre lo civil y lo militar...

Mad. Para eso se necesita dinero.

Bus. Una friolera... casi nada... Veinte mil florines solamente.

Mad. Y vos los poseeis?

Bus. Ni siquiera uno. Pero tengo dos medios para reunirlos: el primero casarme con la viuda del último maestro de postas, que es la que vende la plaza. Y como en los tres meses que llevo de guarnicion en Westfalia me ha distinguido mucho...

Mad. Os parece bonita?

Bus. Si... cuando bebo!

Mad. (*sonriéndose.*) Es decir que generalmente debe pareceros preciosa. Y la amais?

Bus. (*fumando.*) Como á mi fusil.

Mad. Y quereis casaros con ella? Eso es muy mal hecho!

Bus. De veras? A bien que la tal tampoco es muy bien hecha... es jorobada!=Por lo visto vos prefeririais el otro medio, y yo tambien.

Mad. Cuál es?

Bus. Pedirle el dinero prestado á mi coronel.

Mad. Al marqués de Aspremont?

Bus. Al mismo.

Mad. Al que ya debeis la vida... y vuestra licencia?

Bus. (*fumando.*) Toma! Eso me lo debia él á mí!

Mad. Y por qué?

Bus. Porque somos hermanos de leche; porque nos hemos criado juntos; porque mi padre, el tio Gervasio, tonelero en Clisson, recogió al señor marqués en su casa, el dia en que este llegó allá en su carretela... y era entonces de la altura de un pliego de papel!

Mad. (*vivamente.*) Una carretela? Un niño? Qué decis?

Bus. Qué os da, buena mujer?

Mad. Hablad, hablad... No erais vos el que ocupaba aquel carruage?

Bus. Yo? Si estaba jugando entre los toneles, en la tienda paternal, cuando los caballos, cubiertos de sudor, se detuvieron ellos solitos...

Mad. Y este reloj que llevabais, y que yo he rescatado antes?

Bus. (*tomando el reloj.*) Toma! Mi reloj! Gracias!.. Lo llevaba consigo el jóven Marqués, asi como una bolsa y una cruz de oro; naturalmente mi padre repartió esto entre la familia; la bolsa para él, y el reloj para mí.

Mad. Y las dos personas que estaban en el coche?..

Bus. (*poniéndose el reloj junto al oido.*) El Marqués y la Marquesa de Aspremont? (*para sí mismo.*) Si, anda, anda!—Habian hecho una descarga contra ellos en el camino... fuego de filas... y desbocándose los caballos, condujeron hasta la tienda del tio Gervasio la carretela y el pequeñin, que milagrosamente no habia padecido nada, y que era el único que vivia de toda la familia.

Mad. (*con efusion.*) Ah! Qué venturosa soy! (*ap.*) No era posible que este hombre fuese mi hijo! Mi corazon lo habia adivinado! Hijo mio! Hijo mio! Voy á verte! Voy á abrazarte!

Bus. Esta mujer es loca! No hay duda!

ESCENA XIII.

Dichos, Agata.

Aga. (*corriendo.*) Señora, vos que sois tan bondadosa, y que participábais de mis penas, participad tambien de mi alegria... porque acaba de llegar!

Mad. Ya lo sé! (*muy conmovida.*) Y dónde está?

Aga. Con mi padre, á quien va á entregar una carta del Rey, en la que este le dice que el interés de la dinastia es unir á todos los antiguos nobles, aun á los que sirvieron en los ejércitos imperiales, y sobre todo á los que mandan regimientos.. En fin, una carta magnífica de política y de elocuencia, que se termina con la órden formal de casar á la señorita de Champcarville con el señor Marqués de Aspremont.

Mad. (*con alegria.*) Y vuestro padre no podrá resistirse á la voluntad del Rey..?

Aga. Bien quisiera... Y el pobre Carlos se moriria de dolor! Pero no puede alegar ningun pretesto; la familia del Marqués es de las mas ilustres.... Su nobleza iguala á la nuestra... porque sin eso... (*moviendo la cabeza.*)

Mad. Dios mio!

Aga. Qué teneis?

Mad. Yo?.. Nada!

Aga. Aqui vienen, aqui vienen!

ESCENA XIV.

Dichos, el Duque, Carlos, *y otras varias personas.*

(Madama Bertrand corre hácia Carlos con los brazos abiertos; despues se detiene haciendo un esfuerzo penoso.)

Mad. El! Mi Carlos!.. Ah!.. Qué iba yo á hacer? (*Agata se reune al duque y á su padre, que forman un grupo aparte.*) Destruir su felicidad! Romper su matrimonio! Y ella dice que mi... que Carlos se moriria de dolor? No... no! Me callaré! Me callaré! Me callaré!

Duq. Si, S. M. lo exige, y yo debo obedecer sus órdenes! Será vuestra esposa.

Mad. (*ap. mirándole.*) Qué hermoso es!.. Qué hermoso es!

Car. Me parece increible tanta felicidad!

Aga. (*acercándose á Madama Bertrand.*) Señora,

yo no olvido en mi alegria á los que se han interesado por mi. Vos queriais hablar al coronel...

MAD. Quién? yo?... Señorita...

AGA. (*tomándola de la mano.*) Por qué temblais? (*conduciéndola hácia Carlos.*) Carlos, yo os la recomiendo; espero que hareis por ella cuanto podais. (*consultando con una mirada á su padre, que aprueba despues de un momento de duda.*) Y si gustais comer con nosotros, para tratar con mas despacio de vuestros asuntos...

MAD. (*con alegria.*) Gracias, señorita! (*ap.*) Al menos le veré!

DUQ. Vamos!

CAR. (*á Madama Bertrand.*) Venid, amiga mia!

MAD. (*ap.*) Qué dulce, qué dulce es su voz! (*todos se dirigen al castillo, menos Busca-ruidos que entra en la posada.*)

BUS. Vaya unos ojos que le echaba la tal señora! Si se habrá enamorado de mi coronel?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en el castillo.

ESCENA PRIMERA.

MADAMA BERTRAND, AGATA, EL DUQUE, *y* CARLOS.

DUQ. Con que, Madama Bertrand, qué os ha parecido nuestra comida? Creo que no habreis tenido muchas como esta.

MAD. (*mirando á su hijo.*) Seguramente, señor!

DUQ. A mi me gustan la buena mesa y los buenos vinos. Qué os pareció aquel Tockay de los postres?

MAD. Escelente!..

DUQ. Y él Siracusa?

MAD. Todavia mejor!

DUQ. Luego, os lo aseguro, nunca estoy mas contento que cuando como en familia.

MAD. En familia? Es verdad! (*tristemente.*)

DUQ. Y la razon es muy obvia; porque asi como mas. En los banquetes de *etiqueta* es menester disimular el apetito. Y á propósito, hijos mios, para vosotros lo ha sido este, porque casi no habeis probado nada. Es cierto que los amantes solo se alimentan con su amor... Por eso se quedan todos en la espina. Ah! ah! ah!

AGA. Papá!

DUQ. No te pongas colorada, Agata mia.

CAR. El señor duque está de tan buen humor..!

DUQ. Siempre, siempre... despues de comer.

ESCENA II.

Dichos, UN CRIADO.

CRIA. (*sale con un paquete de cartas y periódicos.*) Afuera hay un hombre que aguarda hace mucho tiempo á que el señor duque se digne darle audiencia.

DUQ. (*tomando bruscamente los papeles que le presenta el criado.*) No puedo recibirle ahora... mañana .. pasado mañana... que esperé...

CAR. (*timidamente*) Ysi esperase esta audiencia..?

MAD. Para comer?

CAR. Lo cual es muy posible. (*al criado.*) Qué trazas tiene?

CRIA. Parece pobre!

CAR. Y nosotros que somos tan felices en este momento...

AGA. Si, papá; recibidle, yo os lo suplico.

CAR. Y otorgadle lo que os pida, sea lo que fuere.

AGA. Ese será mi regalo de boda!

MAD. (*ap. mirándolos con emocion.*) Ah! Habian nacido el uno para el otro.

DUQ. (*con impaciencia, y recorriendo los papeles que le habian entregado.*) Aunque quisiera complaceros, me es imposible; mirad, acabo de recibir cartas y periódicos de Francia... (*dándole algunos á Carlos.*) Tambien hay para vos, yerno mio.

AGA. (*repitiéndolo con placer.*) Yerno mio!

CAR. (*queriendo guardarse las cartas en el bolsillo.*) Tiempo tendré de revisarlas despues. Lo primero es dar á esta señora las noticias que deseaba...

MAD. No hay prisa... vuestros negocios son antes. (*ap.*) Asi me quedaré mas aqui...

AGA. (*al duque, acariciándole.*) Papá, voy á leeros los periódicos, y luego recibireis á ese pobre hombre. (*bajo á Madama Bertrand.*) No tardaré mucho!

DUQ. Bueno, que entre... Mas tarde le veré.

AGA. Cuanta bondad! (*á Madama Bertrand.*) Adios, señora.—Adios, Carlos. (*vase con su padre.*)

CAR. (*á Madama Bertrand.*) Puesto que os empeñais... (*marchándose.*)

MAD. No os apresureis... Leed, leed las cartas de Francia!

ESCENA III.

MADAMA BERTRAND, EL CRIADO, RIGOBERTO.

CRIA. (*anunciando.*) El señor Rigoberto. (*vase.*)

MAD. Ah! Sois vos?

RIG. Si, con mil diablos! Siempre yo! Bien sé que los grandes señores son en general un poco impertinentes; es un derecho que les da su nacimiento... pero este abusa demasiado de él.

MAD. Perdonadle... va á regresar á su pais... va á casar á su hija... (*con exaltacion.*) Si no hubiese sido por su yerno... ese escelente jóven es el que le ha obligado á recibiros, y á convidarme á comer... (*con alegria.*) Si; he comido con ellos!

RIG. De veras? Bien! Eso se les tendrá en cuenta, aunque no impide que el señor Duque necesite una leccion de cortesia, que yo me encargo de darle.

MAD. Vos? Y cómo?

RIG. Es asunto mio.

MAD. Querreis provocar un escándalo el mismo dia en que va á celebrarse el matrimonio...?

RIG. Ese matrimonio no se verificará.

MAD. (*asustada.*) Y quién ha de impedirlo?

RIG. Yo.

MAD. Vos, señor Rigoberto?

RIG. Si; vengo á arruinar al Duque.

MAD. A arruinarle?

RIG. Enteramente.

MAD. Y cómo?

RIG. Ese es mi secreto. Si Mr. de Champcarville fuese bueno, amable, yo hubiera vacilado tal vez; mas ya que tal uso hace de la posicion que

el cielo acaba de devolverle, yo se la quitaré de nuevo. Me basta con decir una palabra para dejar á su hija sin dote.

MAD. Y sereis capaz de decirla?

RIG. Si, vive Dios!

MAD. Sin que os cueste trabajo?

RIG. Ya lo creo. Con semejante vanidoso no se debe tener escrúpulo... (*viendo la turbacion de Madama Bertrand.*) Pero qué teneis?

MAD Escuchadme, amigo mio; vos me habeis dicho con frecuencia: «Madama Bertrand, os debo la vida; y en cualquier dia, y á cualquier hora que necesiteis de mi, hablad, y yo haré por vos cuanto me mandeis.»

RIG. (*vivamente.*) Cáspita! Y lo vuelvo á repetir!

MAD. (*tomándole la mano.*) Pues bien, os cojo la palabra... no arruineis al duque.

RIG. (*sorprendido.*) Y por qué?

MAD. Yo os lo suplico!

RIG. Qué interés os puede inspirar un insolente, un orgulloso?

MAD. De él dependen mi felicidad y mi existencia...

RIG. Vuestra existencia? Y cómo es eso?

MAD. (*sonriéndose.*) Vos teneis vuestros secretos... y yo tengo los mios!

RIG. Es verdad! Sea enhorabuena. Lo quereis? No hay mas que decir. No veré al Duque, no le diré nada.

MAD. Ah! amigo mio! (*con transporte.*)

RIG. No lo siento porque es cosa vuestra. Ademas, si no le costase á uno nada servir á los amigos, no le resultaria placer de ello.—Para no arrepentirme, me voy, me marcho al instante á Audernack, donde tengo algo que hacer... Mañana cuando vuelva, me despediré de vos, y...

MAD. No... despues que se celebre el matrimonio partiremos juntos.

RIG. Con vuestro hijo? Con ese soldado tan buen bebedor?

MAD. (*cortada.*) No... sin él!... Si quereis complacerme, no hablemos mas de este particular.

RIG. Comprendo! No es lo que esperábais... y lo que mereciais!

MAD. (*con alegria.*) Ah! Yo no me quejo!

RIG. No importa... si puedo serle útil .. buscarle alguna plaza...

MAD. Como gusteis. Y á propósito de plaza; ya sabeis que siempre tengo una para vos en mi cabriolé de mimbre.

RIG. Acepto! Hasta mañana, y... (*mirándola.*) Sois una escelente muger! (*vase.*)

ESCENA IV.

MADAMA BERTRAND, *luego* GERONIMO.

MAD. Estorbar el matrimonio de mi hijo... cuando yo estoy aqui!.. Era imposible! Pobres jóvenes! Seria matarlos! (*viendo á Gerónimo que sale con aspecto sombrio.*) Ah! Eres tú, Gerónimo? Dios mio! Qué gesto, qué cara traes! No tienes trazas de estar muy satisfecho!

GER. No lo estoy mucho... estoy rabiando!

MAD. Y por qué?

GER. Madama Bertrand, es menester que hablemos... es menester que escucheis los consejos de un amigo.

MAD. Pues qué ocurre?

GER. Todo lo sé!—Hace pocas horas habeis encontrado en la posada á Samuel Dietrick, el joyero mas rico de la ciudad de Cassel, que se volvia á ella.

MAD. Es cierto; ni me acordaba ya.

GER. Y le habeis encargado para esta propia noche por valor de sesenta mil florines en diamantes, y ademas una rica canastilla de boda... (*viendo que Madama Bertrand va á interrumpirle.*) El mismo me lo ha contado todo, porque cree que aun obtengo vuestra confianza.

MAD. Y bien, está mi encargo allá?

GER. (*colérico.*) No! Mil veces no!

MAD. (*mirando su reló.*) Pues ya deberia haber llegado. No hay mas que una hora de camino de aqui á Cassel... Es menester que vayas corriendo... Toma un caballo ó un carruaje.

GER. (*con furor.*) Jamás! Jamás! Antes morir! Porque lo he adivinado! Se prepara un matrimonio...

MAD. (*inquieta.*) Cómo?..

GER. Y es el vuestro... vos quereis casaros!

MAD. Yo?

GER. Si, si, no trateis de negarlo. Hace mucho que os observo... y bien concibo que á vuestra edad os fastidieis de estar sola. Yo no soy injusto ni ridículo! Pero en ese caso se elige un hombre juicioso... arreglado... que no es dificil de encontrar... y no un...

MAD. (*con impaciencia.*) Acaba!

GER. Vos lo sabeis mejor que yo... y no me he recatado para decirle mi modo de pensar... Porque á mí no me da miedo él, aunque parezca que se vá á comer los niños crudos...

MAD. Pero quién, quién?

GER. Quién? (*viendo á Busca-ruidos, que sale por el fondo.*) No os lo diré!

MAD. (*volviéndole la aspalda.*) Vete á pasear. Soy demasiado buena en escuchar tus tonterias, cuando tengo otra cosa en la cabeza. (*ap. mirando el reló.*) A quièn enviaré, puesto que este necio no quiere ir?

ESCENA V.

Dichos, BUSCA-RUIDOS.

BUS. (*á Gerónimo.*) Con que es cierto? Camarada, os lo aseguro, á no ser por vos no me hubiera ocurrido nunca semejante idea.

GER. (*ap.*) Soy un torpe... un imbécil!

BUS. (*mirando á Madama Bertrand.*) Y es guapa todavia esa mujer! Asi, una vez que me asegurais que abriga buenas intenciones respecto á mi... (*ll vando la mano á su sable.*) No metais cizaña, ú os corto las orejas. (*acercándose con aire galante á Madama Bertrand, que se ha sentado á escribir.*) Señora, dispensad que... la gratitud .. la... pues, la...

MAD. (*distraida.*) Ah! Eres tú, amigo mio?

GER. (*ap.*) Ya! con él dulcifica el tono!

BUS. (*ap.*) No es estraño que se haya enamorado de mi! Con este cuerpo! Y luego los militares somos conquistadores!

GER. (*ap.*) Cómo la mira!

MAD. (*escribiendo.*) Si; hé ahi el hombre que necesito!

GER. (*ap.*) Cielos! Y no lo oculta!

BUS. Madama Bertrand, pongo en vuestra noticia que he roto con la maestra de postas..... que se queria casar conmigo.
MAD. Me alegro mucho.
GER. (*ap.*) Se alegra!
BUS. (*ap.*) No hay duda! me ama! (*alto.*) En cuanto á la plaza de su marido, la compraré para consolar á la viuda.
GER. (*ap.*) Toma! Con su dinero! (*mirando á Madama Bertrand.*)
MAD. Quieres hacerme un favor?
BUS. Buena pregunta! Aunque sean dos. Disponed de mí... como si ya fuese vuestro.
MAD. Tienes caballo?
BUS. Lo buscaré!
MAD. Hay que llevar esta carta volando á Cassel.
BUS. Pues volaré... (*ap.*) La cosa vá á escape! Será para llamar al notario!
MAD. Se la entregarás á Dietrik el joyero...
BUS. Entiendo! (*ap.*) Los regalos para mi.
MAD. Y me traerás lo que te dé.
BUS. (*amorosamente.*) Sin falta!
MAD. Oye, no digas nada á nadie.
BUS. Seré mudo...
MAD. Y llevalo todo á la posada.
BUS. Enterado, mi coronel.
MAD. Vuelve pronto!
BUS. Volveré en alas del amor! (*vase corriendo.*)

ESCENA VI.

MADAMA BERTRAND, GERÓNIMO.

GER. Ah! Esto es demasiado! Y una vez que ya se ha ido, hablaré! (*furioso.*)
MAD. (*sorprendida.*) Gerónimo!
GER. Me ha dicho que me matará si meto cizaña... pero no importa... mas vale que me mate que dejaros hacer semejante disparate.
MAD. Tu eres el que ha perdido la cabeza, el que está loco!
GER. Es muy posible, aunque al menos no estoy ciego... Y todo lo que hicisteis por él... aquel relój... los trescientos francos... Cómo! Madama Bertrand! Una muger de juicio! Y hasta vuestra emocion al hablarle poco há... En fin, es claro como la luz del dia...
MAD. El qué?
GER. (*furioso.*) Que os habeis enamorado, y que quereis casaros con él!
MAD. Con quién?
GER. Con ese foragido!
MAD. Con Gervasio? Ah! ah! ah! (*se deja caer en un sillon riéndose á carcajadas.*) Ah! ah! ah!
GER. (*estupefacto.*) Toma! Y se rie!
MAD. (*riéndose.*) Pues no me he de reir, imbécil? Ah! ah! ah!
GER. Imbécil? Ah! Esa palabra me es muy grata! Con qué no pensais?...
MAD. Yo? Ah! ah! ah!..
GER. Dale con la risa! Y entonces la comision que le acabais de dar?
MAD. Yo le pagaré su trabajo, y santas pascuas. Vamos, estás ya tranquilo?
GER. (*titubeando.*) No... porque la agitacion en que os veo desde esta mañana... esa canastilla para una boda... Seguramente, señora, que por dentro anda la procesion. (*viéndola mirar á todos lados.*) No os podeis estar quieta un minuto... y dais un salto siempre que se abre una puerta, siempre que viene alguno...
MAD. (*levantándose y corriendo á mirar hácia la puerta de la izquierda.*) Es él! Le veo desde aqui.
GER. Bueno! Otra vez! Y que tendrá?
MAD. (*ap. admirando á su hijo.*) Que porte tan noble y tan distinguido!
GER. (*viéndola.*) Vuelve á perder la cabeza! Mas y por quien? (*mirando.*)
MAD. (*enjugando una lágrima.*) Qué feliz soy!
GER. (*ap.*) El marquesito! (*con espanto.*) Ay Dios mio! Qué bestia soy! No era aquel, sino este!
MAD. Viene á esta sala... Mira, Gerónimo... vete... dejame.
GER. Sola con él?
MAD. Vuelve á la posada, y en cuanto regrese Busca-ruidos dile á Luisa la criada que ejecute lo que la encargué. Pero marchate... No te digo qué te marches?
GER. (*enfadado*) Ya me voy... ya me voy... No sabe ni lo que quiere! Está ciega por él! Qué lastima! Una cabeza tan buena... para el comercio! (*señalando á su corazon.*) Me dá pena... no, no; me dá rabia! (*despues de una nueva mirada de Madama Bertrand.*) Ya me largo!

ESCENA VII.

MADAMA BERTRAND, CARLOS.

CAR. (*saliendo con una carta en la mano.*) No; es imposible que se verifique este enlace! El honor me lo ordena!
MAD. (*observándole.*) Qué tendrá? Esa carta... Será acaso la que ha recibido de Francia? Y suspira!
CAR. Si, debo someterme á mi destino... debo renunciar á mis esperanzas de felicidad!
MAD. (*viéndole enjugar una lágrima.*) Llora! Ah! Yo no puedo reprimirme mas! (*corriendo á él.*) Qué tienes, hijo mio..? (*interrumpiéndose.*) Qué teneis, señor Marqués?
CAR. Ah! Señora!
MAD. Y yo que os creia tan contento, tan feliz! Ha sobrevenido algun disgusto?
CAR. Si, si; pero esto no puede interesaros... Hablemos de vos, de lo que os trae aqui... de lo que quereis pedirme!
MAD. No por cierto... á mi edad he aprendido á sufrir... á fuerza de costumbre... Mas á la vuestra... Perdonad que me ocupe en lo que no me importa... Yo soy asi... una buena muger, sencilla, franca.... y cuando veo á un joven triste, afligido, apurado... no puedo contenerme, y no paro hasta que sé lo que tiene para procurar consolarle.
CAR. (*estrechándola las manos.*) Gracias! Gracias!.. porque... ay de mi! no tengo nadie... no tengo familia á quien confiar mis penas.
MAD. Pues bien, entonces aqui estoy yo, Cárlos... es decir, señor Marqués... Aunque solo soy una pobre ignorante, quizás pueda daros un buen consejo. Vamos, ese matrimonio no os hace ya feliz..?
CAR. Al contrario; en él cifraba toda mi dicha, mi existencia! Y verme obligado á romperlo!..
MAD. Cómo?..
CAR. Monsieur de Champcarville es rico, porque le devuelven todos los bienes que le habian sido secuestrados: tambien esperábamos que me

restituyesen toda mi fortuna... Mas ay!.. Las propiedades de la familia de Aspremont fueron vendidas y adjudicadas á otras personas, que las pagaron en su justo valor..! Una carta que acabo de recibir de Paris me lo anuncia, y nada puede hacerse en el particular.

Mad. (*ap. con alegria mientras que Cárlos relée la carta.*) Tanto mejor! Asi no les deberé nada á los Aspremont... nada mas que su nombre... lo cual ya es demasiado!

Car. (*estrujando la carta entre sus manos.*) Y entonces, cómo puedo yo aspirar sin bienes á la mano de una heredera tan rica?

Mad. Estais seguro de que no poseeis nada?

Car. Nada mas que un don del Emperador; quinientas fanegas de tierra, unos malos bosques situados en Kalisch, en las fronteras de Polonia, y que valdrán á lo sumo mil escudos.

Mad. En Kalisch decis?

Car. Si, en un pais salvage. Si logro vender eso, lo que no es facil, no hallaré quien me dé mas de cincuenta mil francos. Y con esta miserable suma, cómo he de atreverme á reclamar la palabra que me ha dado Mr. de Champcarville? No, no; debo devolvérsela, y ahora mismo voy...

Mad. No os deis tanta prisa... Para qué? Quién sabe lo que puede ocurrir? Hay fortunas que caen como del cielo...

Car. (*con tristeza.*) Mas no para mi.

Mad. Y por qué no habeis de encontrar crédito en este pais, vos que sois tan noble y tan delicado? (*como si le ocurriese una idea súbita.*) Esperad, esperad! (*ap.*) Oh! Qué idea! (*alto.*) Me habeis dicho que desearíais vender vuestros bosques, y yo sé que en Polonia hay sitios escelentes...

Car. Y cómo quereis que en tan poco tiempo pueda negociar..?

Mad. Yo me encargo de ello; yo os encontraré comprador .. (*dandose un golpe en la frente.*) No me acordaba! Justamente en el Aguila Blanca está un negociante conocido mio, hombre de mucho dinero, que hace compras semejantes todos los dias, hasta en Suecia y en Rusia. Voy corriendo á buscarle, y os le traigo en seguida.

Car. No penseis en eso.

Mad. Y cuidado no os dejeis engañar... porque esa gente sabe mas que Merlin.

Car. (*sorprendido.*) A la verdad, no concibo á que debo esa eficacia, esa actividad innagotable. Como he merecido tantas pruebas de interés?

Mad. (*mirándole con ternura.*) Os admira esto á vos que sois tan servicial con los demás? ¿Acaso los que son buenos no simpatizan desde luego, sintiendo la necesidad de tenderse la mano?

Car. (*conmovido y alargándola la mano.*) Gracias, gracias, madre mia!

Mad. (*con un grito de júbilo.*) Ah! Cómo habeis dicho?

Car. (*admirado.*) He dicho madre mia, pensando en que quereis salvarme!

Mad. (*para si misma, poniéndose la mano sobre el corazon.*) No importa! No importa! Que bien, que bien me ha hecho esa palabra!

Car. (*tomándola la mano con efusion.*) Lo que intentais hacer en favor mio, no impedirá que se rompa el casamiento; pero yo nunca olvidaré vuestros generosos afanes, y voy á decirselo todo á Agata y á su padre!

Mad. (*queriendo detenerle.*) Aguardad, aguardad por Dios! (*Carlos se entra por la derecha.*)

ESCENA VIII.

Madama Bertrand, *despues* Gerónimo.

Mad. (*siguiendo á Cárlos con la vista.*) Ha hecho bien en marcharse... porque yo hubiera concluido por arrojarme en sus brazos. Romper tu casamiento cuando yo estoy aqui! Oh!.. No! No partiré hasta que tu seas rico, feliz... (*enviándole besos con pasion, en el instante en que Gerónimo aparece y la contempla con los brazos cruzados.*) Tu que eres mi felicidad sobre la tierra, mi único amor, mi única esperanza!

Ger. (*ap.*) Enviarle besos... á su edad! Dios mio!.. Estas mugeres, cuando la pasion las ciega, pierden enteramente el juicio (*viéndola que se enjuga los ojos.*) Pobre señora! Vamos, es preciso ser indulgente. . No la reñiré!

Mad. (*volviéndose.*) Gerónimo, llegas á tiempo; iba á buscarte.

Ger. (*con frialdad.*) He dado vuestro encargo á la moza de la posada.

Mad. No se trata de eso. Escucha, has estado en Kalisch?

Ger. Si.

Mad. Conoces los bosques que le rodean?

Ger. Yo lo creo! Si alli no hay otra cosa! Es un pais de lobos!

Mad. No se podria sacar partido..?

Ger. Ninguno!

Mad. Si, si!

Ger. No, no!.. Si lo sabrá mejor que uno!

Mad. Te digo que quiero que sean escelentes.

Ger. (*mirándola con asombro.*) Ah!

Mad. Cuánto valdrá alli la fanega de tierra?

Ger. (*de mal humor.*) Cincuenta francos, y bien pagada.

Mad. El señor Marqués de Aspremont, posee 500 fanegas.

Ger. Pues valen veinticinco mil francos.

Mad. Nada de eso... Yo doy cien mil escudos, y tu vas á comprarlas en tu nombre, y por ese precio.

Ger. (*santiguándose.*) Está de remate!

Mad. Yo lo mando.

Ger. Perdonadme, Madama Bertrand, que os hable en términos algo duros.... Pero habeis perdido enteramente la cabeza. Cien mil escudos por aquello!!!..

Mad. Repito que es mi voluntad!

Ger. (*furioso.*) Pues yo no puedo dejar que os arruineis para colmar de oro á ese joven, por una locura, por un capricho...

Mad. Un capricho! Ah! Si supieses!..

Ger. Pardiez! Bien lo sé! Demasiado se conoce! Sea como quiera, os declaro que nunca accederé...

Mad. (*severamente.*) Qué es esto, señor Gerónimo? Soy yo dueña ó no de mis bienes? Habeis olvidado que quiero ser obedecida al instante? No me obligueis á recordároslo, porque sin consideracion á vuestros largos servicios y á vuestra fidelidad, os despediré.

Ger. (*con las lágrimas en los ojos, y despues de una pausa.*) Tendreis corazon... para... para despedirme? Y creeis... creeis que yo me iria?

MAD. (*conmovida.*) No, tienes razon, amigo mio; tu me conoces mas que yo misma... y sabes que no debemos separarnos nunca... Pero no abuses... ya me has escuchado; haz lo que te digo... Yo te lo ruego.

GER. (*resignado y suspirando.*) Bueno! Aunque es muy triste ver derrochar asi una fortuna tan bonita como la vuestra.

MAD. Es una especulacion... que yo te esplicaré.

GER. Famosa especulacion!

MAD. Oyes, como nadie te conoce en el castillo, es preciso que te presentes como un rico mercader: he aqui mi cartera; no dejes sospechar que yo intervengo en el asunto, y compra los bosques en cien mil escudos al contado.

GER. Pero si tienen un adarme de conciencia, no querrán nunca...

MAD. Para eso es indispensable que representes bien tu papel; el Duque y el Marqués no son fáciles de engañar. .

GER. Cáspita! A ese precio no sentirán que les engañen!

MAD. Ya vienen. (*á media voz.*) Cien mil escudos! Ni un franco menos!.. ó no te vuelvo á ver en mi vida!

GER. (*ap.*) Que situacion!

ESCENA IX.

Dichos, EL DUQUE *y* CARLOS.

DUQ. (*hablando con Cárlos.*) Quizá se haya aumentado el valor de esos bosques.

MAD Señor Marqués, este es el comerciante de quien os hablé. (*presentando á Gerónimo.*)

GER. (*ap.*) Me averguenzo por ella!

MAD. El cual necesita adquirir terrenos en Polonia. (*bajo á Gerónimo.*) Ponte derecho y habla con aplomo.

GER. (*queriendo darse importancia.*) Conque el señor quiere vender bosques en Kalisch?

CAR. Si, amigo mio. Los conoces por ventura?

GER. Perfectamente,.. y son malísimos.

MAD. (*bajo á él.*) Qué dices? (*á Cárlos.*) Lenguage de comerciante.

GER. (*ap.*) Torpe de mi! (*alto.*) Esto es, cuando digo que son malisimos... Quiero decir que no son muy buenos... en general... Y que no sirven...

MAD. (*bajo á Gerónimo.*) Al contrario..

GER. Si... al contrario... Qué sirven... para prenderlos fuego... para hacer carbon.

CAR. Y cuanto me ofreceis por ellos?

GER. (*titubeando y mirando á Madama Bertrand.*) Quizás me atreveria á daros,... sesenta mil francos.

CAR. (*sorprendido.*) Sesenta mil francos?

MAD. No, no... En mi opinion ese precio es muy infimo.

GER. O sesenta y cinco, me es igual.

CAR. (*con alegria.*) De veras?

MAD. No acepteis.

GER. Setenta mil.

CAR. Es posible...

MAD. No acepteis!.. porque el señor os oculta que vuestros bosques encierran un tesoro... ricas minas de hierro y cobre.

GER. Será cierto?

MAD. Si, si, haceos el ignorante. Todo el mundo lo sabe en el pais.

GER. (*con tristeza.*) Entonces, por las minas de hierro, cien mil francos.

CAR Esa proposicion...

MAD. Esperad; he oido hablar de otra mina de plata que seria fácil descubrir.

GER. (*ap.*) No hay remedio!

CAR. De plata?

MAD. Eso vale la pena de que se piense, y...

GER. (*mirándola.*) Y...

MAD. (*bajo.*) Anda, anda.

GER. Doscientos mil francos...

CAR. Magnífico!

MAD. (*deteniéndole.*) No acepteis aun.

DUQ. Si, no acepteis. Parece que le cuesta un trabajo el ofrecer! Ah! ah! ah!

CAR. (*riéndose.*) Que cara pone! Ah! ah! ah!

MAD. Si, si! Ah ah! ah!

GER. (*ap.*) Esto solo me faltaba! Que se burlasen ahora de mi!

DUQ. Conque ya veis, amigo, que la cosa vale mas.

MAD. Mucho mas.

GER. (*con furor.*) Pues aunque me entierren vivo, no ofreceré nada sobre eso.

DUQ. Que decida Madama Bertrand.

GER. (*vivamente.*) Me convengo. (*ap.*) Mejor quiero que se suicide ella.

CAR. Hablad, señora.

MAD. Pues bien... (*mirando á Carlos.*) Digo que los bosques valen para el que sepa utilizarlos, nada menos de cien mil escudos.

CAR. Cien mil escudos?

GER. (*exhalando un grito.*) Ay!.. Se suicidó!

MAD. (*friamente.*) Yo los tomo en ese precio.

DUQ. Lo ois?

GER. (*abatido.*) Los tomo... Por los cien mil escudos. (*ap. enjugándose la frente.*) No puedo tenerme de pié!

DUQ. Señor Marquès, yo no puedo aceptar vuestras escusas, y voy á hacer estender el contrato.

MAD. Un instante... Exigid que os pague en seguida.

CAR. No importa.

MAD. Apuesto que trae el dinero encima, porque vá siempre cargado de millones...

GER. (*ap.*) Cargado si... pero de millones... eso es otra cosa.

MAD. Pagad.

GER. (*sacando la cartera.*) Pago.

CAR. (*con alegria al Duque.*) Qué decis, señor Duque?

DUQ. Digo que os han engañado...

MAD. Cómo?..

DUQ. Es evidente; si os sosteneis, os hubiera dado cuatrocientos mil francos.

CAR. No importa! Esta es una fortuna inesperada!

MAD. (*ap.*) Dios mio! He asegurado su felicidad!.

GER. Se ha arruinado! (*ap., Gerónimo saluda y se vá con Madama Bertrand; el Duque por otro lado.*)

ESCENA X.

CARLOS, *luego* AGATA.

CAR. Quiero ver á Agata... Quiero decirselo todo! No estoy aun en mi! Madama Bertrand tenia razon, y esa escelente muger es el angel de mi guarda! (*viendo á Agata.*) Querida Agata, venid, venid á compartir mi sorpresa...

AGA. La cual de seguro no iguala á la mia. Me decís que estais arruinado, y me enviais en seguida magníficos diamantes!
CAR. Yo?
AGA. Si, acompañados de blondas y encajes riquísimos; todo lo cual acabo de recibir de vuestra parte.
CAR. De mi parte?
AGA. Si señor, y si no estuviese tan contenta, estaría furiosa contra vos.
CAR. Agata, aqui hay algo que yo no comprendo. Yo no os he enviado nada...
AGA. Qué decis?
CAR. No me era posible, porque solo soy rico dos minutos há! Pero nosotros descubriremos...

ESCENA XI.

Dichos, BUSCA-RUIDOS *algo alegre.*

BUS. He hecho muy bien en refrescar... Porque despues de una carrera semejante... La misma Madama Bertrand me lo hubiera aconsejado.
CAR. (*viéndole.*) Tu aqui! Y que vienes buscando?
BUS. Perdonad, mi coronel... Y cuando digo mi coronel, es la costumbre... porque ya no sois vos quien me manda.... sino Madama Bertrand... á la que vengo á traer estos pedazos de papel que llaman cuentas... por una porcion de embelecos que ha comprado. (*se las entrega á Carlos.*)
CAR. Cielos!.. (*leyendo.*) «He recibido de Madama Bertrand por joyas y encajes...
BUS. Si, si!..
AGA. Es posible?
BUS. Si... Mirad.., ella viene... en persona.

ESCENA XII.

Dichos, MADAMA BERTRAND.

MAD. (*ap.*) Mi mensajero! Todo se ha perdido!
BUS. (*que la ha escuchado.*) No... nada se ha perdido... lo he traido todo... nada falta!
MAD. (*bajo.*) Silencio!
BUS. (*señalando á las cuentas que tiene Carlos*) Testigos sino esos papelotes, que lo pueden decir!
CAR. Cómo, Madama Bertrand..?
MAD. (*á Busca-ruidos.*) Dejanos... vete!
BUS. (*queriendo esplicarse.*) Permitidme...
MAD. Te he dicho que te vayas... y no me gusta que se me responda.
BUS. No os enfadeis... Ya obedezco... (*bamboleándose.*) Cáspita! No lo hubiera creido posible! Esta muger me hará andar derecho. (*á Madama Bertrand que le hace un nuevo gesto.*) Ya me voy, señora, ya me voy. (*vase.*)

ESCENA XIII.

Dichos menos BUSCA-RUIDOS.

AGA. Qué significa esto?.. Esos suntuosos regalos que acabo de recibir, y que segun dicen, vienen de vuestra parte, Madama Bertrand...
MAD. (*con emocion y sonriéndose.*) De mi parte? Oh! No, señorita; no es Madama Bertrand quien os los envia!..
AGA. Cómo?.,
MAD. (*lo mismo*) Sino alguno que tiene derecho para ello, y de quien podeis aceptarlos sin temor.
AGA. Luego conoceis á esa persona?..
CAR. Quién es? Hablad!
MAD. (*titubeando.*) No puedo decirlo si no á vos... á vos únicamente, señor Marqués!
AGA. Entonces me retiro.
CAR. Perdonad, querida Agata, perdonad. (*Agata se marcha haciendo una señal de inteligencia á Carlos.*)

ESCENA XIV.

MADAMA BERTRAND, CARLOS.

CAR. (*despues de una pausa.*) Estamos solos... nada temais.
MAD. (*ap.*) Ah! Solo temo venderme!
CAR. A quién debemos esas riquezas?
MAD. (*con naturalidad.*) A quién, señor Marqués? A vuestra madre!
CAR. A mi madre? Es posible! Pero me habian asegurado.... Cómo! Será cierto qué existe? Existirá aun? La conoceis vos? La habeis visto? Dónde está? Dónde está?
MAD. (*ap.*) Calla, calla, corazon!.. (*alto.*) Si, si... Ella es la que me envia... Porque no puede venir.
CAR. Se halla enferma? Padece? Es desgraciada?
MAD. (*conmovida.*) No... no... Ahora es muy feliz! Antiguamente, si... Ha sufrido mucho .. lo sé... Porque la he encontrado... en nuestro destierro... en pais estraño...
CAR. Y por qué no me ha escrito, por qué no me llama junto á si? Ah! Yo lo hubiera abandonado todo por ella!
MAD. (*ap.*) No, no podré contenerme... Mejor es que me vaya. (*quiere marcharse: Carlos la detiene.*)
CAR. Huis de mí?
MAD. Oidme, oidme, señor Marqués: hay cosas que vuestra madre me ha permitido deciros, y otras sobre las cuales no puedo responderos sin causarla muchas penas. A no ser que querais esto...
CAR. Nunca! Y consiento, si es menester, en no preguntar nada... Pero quiero ver á mi madre... quiero abrazarla!
MAD. (*haciendo un movimiento y deteniéndose.*) Ah! Ella no desea otra cosa... mas dice que ahora no es posible... por vuestro interés.
CAR. Por mi interés?
MAD. Sin duda. Si su presencia cambiase vuestra posicion, y os trajese el dolor en vez de la alegria... no seria su deber permanecer en su destierro, rogando por vos, y amándoos sola y desde lejos?
CAR. (*con ternura.*) Y entonces, cómo ha de saber que yo tambien la amo y la respeto?
MAD. Oh! Lo sabrá! Yo se lo diré!
CAR. Eso no me basta. Cuando me colma de beneficios, cuando para enriquecerme se impone privaciones quizás... Porque ahora lo adivino todo, Madama Bertrand. La venta de poco ha, ese negociante polaco que se halla tan á punto para ofrecerme un precio exhorbitante, era enviado por mi madre... era enviado por ella... no es verdad?
MAD. Y bien, aunque asi fuese, tiene algo de particular? Acaso no es el primero, el mas dulce

de los placeres, hacer feliz á un hijo?
CAR. Y esos regalos, esos diamantes...
MAD. Ah! Eran para su nuera... lo cual tambien es muy natural. Me lo encargó tanto!
CAR. (*fuera de sí.*) No es posible, no es posible!
MAD. Si, lo es, lo es! Como yo tenia que pasar por aqui, me rogó que os entregase todo eso... porque... tiene mucha confianza en mi... y yo no he abusado de ella. Ademas, la presentaré mis cuentas...
CAR. Os creo... os creo... pero mi matrimonio no se efectuará.
MAD. Qué quereis decir?
CAR. No se efectuará... si mi madre no está alli, junto á mi, en el altar.
MAD. (*vivamente y con dignidad.*) He ahi lo que ella no quiere... y os prohibe pensarlo siquiera... Os lo prohibe... yo conozco á vuestra madre, y sé que es muger de voluntad!
CAR. (*tristemente.*) Yo respetaré la suya por dolorosa que me sea... Pero bajo una condicion, y es que vos, Madama Bertrand, vos la reemplazareis.
MAD. (*con alegria.*) Reemplazarla?
CAR. Y que durante mi casamiento estareis á mi lado, en el lugar preferente.
MAD. (*luchando consigo misma.*) Yo..? Una mujer del pueblo... con mi humilde traje... en medio de tantos señores!..
CAR. (*con nobleza.*) Vos representareis á mi madre, y todo el mundo os respetará!
MAD. (*ap.*) Ah! No puedo quedarme aqui un minuto mas. (*alto.*) Debo partir... porque ella me aguarda!
CAR. Entonces yo parto con vos, y no os abandono.
MAD. (*ap.*) Dios mio! Qué haré?
CAR. Si no puede venir aqui, yo iré á buscarla; porque no me casaré sin que me haya dado su consentimiento.
MAD. (*muy conmovida.*) Es que... me ha encargado de dároslo.
CAR. (*admirado.*) Sabia mi matrimonio?
MAD. (*turbada.*) Si, si... antes de yo marchar... habia sabido .. habia previsto.... porque me dijo: »Tú le darás mi bendicion!» (*estendiendo las manos con dignidad y ternura.*) Y yo os la doy, Carlos, yo os la doy! (*á Carlos que inclina la cabeza.*) Sed feliz, hijo mio, sed feliz! Eso es lo único que vuestra madre desea. (*enjugando sus lágrimas con disimulo.*) Y ahora... adios. (*da algunos pasos para marcharse.*)
CAR. (*tendiéndola los brazos.*) Cómo! Nada mas! No os ha encargado otra cosa para mi?
MAD. (*deteniéndose.*) Si... si... (*con turbacion y timidez.*) Me encargó.... segun creo.... que os abrazase... pero yo... no me atrevia... no me atrevia...
CAR. (*abriéndola los brazos.*) Entonces... venid!
MAD. (*se precipita en ellos llorando, y le estrecha contra su corazon.*) Ah!!
CAR. (*con delicia.*) Madre mia! Madre mia!
MAD. (*vivamente.*) Cállate, cállate! No pronuncies ese nombre!

ESCENA XV.

Dichos, GERONIMO, *y* BUSCA-RUIDOS.

(Aparecen el uno en la puerta del fondo: el otro en la derecha, y arrojan un grito de sorpresa al ver á Madama Bertrand en los brazos de Carlos.)

GER. Oh!
BUS. Ah!!
GER. (*bajo, acercándose á Madama Bertrand.*) Cuidado, Madama Bertrand, cuidado que yo estoy aqui..!
MAD. (*bajo á Carlos.*) Silencio! Un error te habia hecho creer hijo del Marqués de Aspremont... y es menester no destruir nunca ese error!
CAR. Engañarlos yo?
MAD. Por eso me ausento. Adios para siempre!
CAR. (*deteniéndola.*) No, no: os quedareis... no me abandonareis!
MAD. Silencio, silencio por Dios!

ESCENA XVI.

Dichos, EL DUQUE, AGATA, *oficiales, damas y criados, todos en traje de ceremonia.*

DUQ. Yerno mio, venid, todo está preparado, y el notario nos espera.
AGA. Venid! Mi padre nos conduce allá!
CAR. (*cojiendo de la mano á su madre.*) Y yo, gracias al cielo, tampoco iré solo.
DUQ. Cómo!
MAD. (*bajo.*) Cállate!
CAR. Callarme? Y por qué? No! Señores, he aqui mi madre!
TODOS. Su madre!
DUQ. Qué decis?
CAR. (*con nobleza.*) Si, ella me lo acaba de revelar, y yo debo confesaros que no soy hijo del Marqués de Aspremont.
AGA. (*al duque.*) Semejante rasgo debe enaltecerle á vuestros ojos...
DUQ. Sin duda... pero el lustre de mi noble casa, exige un sacrificio cruel. Yo habia prometido al rey casar mi hija con un Aspremont..... y no con el hijo de Madama Bertrand!
MAD. Cómo, señor?..
DUQ. Basta!
MAD. (*fuera de sí.*) Exigid de mi cuanto querais... yo os obedeceré... Si es preciso, me separaré para siempre de ellos!
CAR. Madre mia! (*en tono de reconvencion.*)
DUQ. Nunca... os lo he dicho, nunca!
AGA. Nunca!.. Ah! (*ocultando su rostro entre las manos.*)
MAD. (*con desesperacion.*) Qué has hecho?
CAR. Mi deber!.. El hijo que se avergüenza de su madre, es un miserable, digno solo de desprecio!..
MAD. Pero has perdido la que amas!
CAR. Pero os he encontrado á vos!.. (*Madama Bertrand abre los brazos á su hijo, y este corre á ellos, mientras los demas rodean al Duque y a Agata.*)
MAD. Dios mio! Dios mio!.. Yo os pido su felicidad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

AGATA, *sola.*

No hay esperanza, no! Mi padre es inflexible!

Qué le importan mi tristeza, mi amargura, mi infelicidad, con tal de conseguir los sueños de su ambicion? Y sin embargo, yo á nadie amaré sino á Carlos; él será mi primero y mi último amor! (*quédase triste y pensativa.*)

ESCENA II.

Dicha, RIGOBERTO.

RIG. Por aqui debe ser!

AGA. (*enjugándose los ojos.*) Alguien viene! Ah! Es el amigo de Madama Bertrand!

RIG. Perdonad, señorita, ausente desde ayer, llego ahora mismo de Audernack... y vengo en busca de Madama Bertrand, que me prometió marchar conmigo. Creia encontrarla aqui...

AGA. (*suspirando.*) Si, aun está... y voy á hacerla avisar! (*saluda á Rigoberto y se va.*)

ESCENA VIII.

RIGOBERTO, *poco despues* BUSCA-RUIDOS.

RIG. Pobre niña! Aunque quiere disimular, yo la he visto enjugarse las lágrimas. Sin duda tendrá la culpa su padre, y he hecho mal en perdonarle. Pero ya se vé, Madama Bertrand lo ha querido, y siempre que yo pueda evitarla un disgusto... (*viendo á Busca-ruidos que sale por el fondo.*) Hola! Aqui está su hijo! (*alto.*) Qué vienes tú á hacer aqui, chiquito?

BUS. Vengo á hablar á Madama Bertrand.

RIG. La cual, segun creo, se interesa por ti, y es...

BUS. Una escelente mujer.

RIG. (*ap.*) No sabe nada aun.

BUS. Ella fue la que me libertó del consejo de guerra.... la que me dió mi reló, y otras muchas cosas. Por eso quiero hablarla de un apuro en que me encuentro.

RIG. Es inútil; yo te sacaré de él. (*ap.*) Si pudiese impedir algun nuevo infortunio!.. (*alto.*) Vamos, qué deseas? Qué te falta?

BUS. Qué me falta? (*señalando á su bolsillo.*) Todo!

RIG. (*ap.*) Pobre Madama Bertrand! (*alto.*) Sino es mas que eso...

BUS. Y le parece poco!

RIG. Tranquilízate, yo haré tu fortuna.

BUS. Qué decis?

RIG. Lo que necesitas ahora es una posicion, un empleo.... y yo me encargo de buscártelo.

BUS. (*mas sorprendido.*) Hombre admirable! Merecerias una estátua! Un empleo para mí!

RIG. Si: qué quieres, qué es lo que mas te gusta hacer?

BUS. Lo que mas me gusta... es no hacer nada.

RIG. Veo que tienes buenas disposiciones para empleado... y no es dificil que al cabo de algun tiempo llegues á obtener premios.

BUS. Yo?

RIG. Por ejemplo, una cruz como otros muchos...

BUS. Yo?

RIG. (*sentándose delante de una mesa y escribiendo.*) Sabes el camino de Cassel?

BUS. Vaya si lo sé.

RIG. Pues por alli vas á ir...

BUS. (*ap.*) No hago otra cosa desde ayer!

RIG. Al castillo de Mr. de Romberg!

BUS. Mr. de Romberg? El gobernador?

RIG. Interino...

BUS. De esta provincia?

RIG. Le he hecho algunos favores, y espero que me complacerá. — Le escribo que te dé inmediatamente el primer empleo que haya vacante... por el pronto.

BUS. A mi? No sé lo que me pasa!.. Yo empleado! Yo que soy un zopenco!.. Ay!.. Me tiemblan las pantorrillas, como cuando salgo de la taberna.

ESCENA IV.

Dichos, GERONIMO.

GER. Ay Señor Rigoberto! Vengo de vuestra casa, á la que Madama Bertrand me envió y donde os he aguardado una hora.

BUS. Ya lo creo: como que estaba aqui conmigo!

GER. Iba á deciros de su parte... porque la pobre mujer está muy afligida, y yo tambien....

BUS. No le incomodeis... está escribiendo mi fortuna.. una fortuna loca!

GER. Para vos?

BUS. Una posicion, como él dice... un empleo... premios y cruces... Voy á buscar todo eso á Cassel, de donde lo traeré á escape; y no me sorprenderá encontrarme á mi vuelta convertido en banquero ó en arzobispo.

GER. Mirad, si hubieseis bebido, comprenderia perfectamente lo que me decis.

BUS. Pues no he bebido! Estoy en ayunas!

GER. Eso es lo inverosimil... con una sed como la vuestra.

RIG. (*dando á Busca-ruidos la carta que acaba de escribir.*) Toma.

BUS. Con que aqui dentro estan la fortuna, la posicion, el empleo, y todo lo demas?

RIG. Si, corre.

BUS. (*á Gerónimo.*) Qué os parece?

GER. Que no sois vos, amigo mio, sino él quien ha bebido.

BUS. No lo supongo... pero seria digno de ello. (*vase.*)

ESCENA V.

RIGOBERTO, GERONIMO, *y* MADAMA BERTRAND.

MAD. (*desde la puerta.*) Si, si, hijo mio; vamos á partir, yo te lo prometo: mas espérame ahi, lo exijo! (*ap.*) Tentaré este último medio. (*á Rigoberto.*) Perdonad, señor Rigoberto, que os haya hecho esperar; estaba alli dentro con mi hijo.

RIG. Con vuestro hijo?

MAD. Y no podia abandonarle en el estado de desesperacion en que se halla. Pobre muchacho! Es muy natural!

RIG. Vuestro hijo, decis?

MAD. Si; no lo sabeis? Es aquel á quien todos llamaban aqui el coronel Marqués de Aspremont.

RIG. (*sorprendido.*) Cómo! Es él? (*sonriéndose.*) Y el otro á quien yo acabo de..?

MAD. Qué?..

RIG. Nada, nada. Segun costumbre, Madama Bertrand, á vos os deberá tambien su felicidad. Pero Gerónimo me ha dicho que me teniais

que hablar.
MAD. Es cierto! Solo vos podeis salvarme!
RIG. Pues aqui estoy.
MAD. (*volviéndose hácia Gerónimo que se enjuga los ojos.*) Qué haces?
GER. Pardiez! No lo veis? Estoy muy afligido.
MAD. Por qué?
GER. Porque vos lo estais.
MAD. Gerónimo!
RIG. (*mirándola con interés.*) Teneis confianza en este jóven?
MAD. Completa. (*Gerónimo sin responder se enjuga de nuevo el llanto.*)
RIG. Quereis permitirme que le de una órden? (*Madama Bertrand hace una señal afirmativa y Rigoberto habla al oido á Gerónimo.*)
GER. (*le escucha primero con sorpresa; enjuga luego sus lágrimas, y despues acaba por reirse á carcajadas.*) De veras? Ah! ah! ah!
MAD. (*admirada.*) Toma! Y se rie ahora!
GER. (*dirijiéndose hácia la puerta del fondo, y hablando á media voz con Rigoberto.*) Con que es decir que en cuanto llegue..?
RIG. Si, en cuanto llegues...
GER. Voy corriendo. (*vase.*)

ESCENA VI.

MADAMA BERTRAND, RIGOBERTO.

RIG. Ahora soy vuestro, señora.
MAD. Señor Rigoberto, vos sois mi mejor amigo..,
RIG. De lo cual me glorio, porque os debo...
MAD. Muy poca cosa.
RIG. Mi cabeza en primer lugar... Lo cual es bastante.
MAD. Ayer me habeis probado vuestra amistad no arruinando al señor Duque.
RIG. Como que vos me lo habiais exigido.
MAD. Pues bien, ya que depende de vos, hoy os suplico.... que le arruineis.
RIG. Eh?..
MAD. Que le arruineis completamente... si me amais.
RIG. Está hecho.
MAD. Que no le quede ni un óbolo.
RIG. Ni medio!
MAD. En ello va mi felicidad, y lo que es mas aun, la de mi hijo!
RIG. Quedareis contenta de mi.
MAD. El viene.

ESCENA VII.

Dichos, EL DUQUE.

DUQ. (*ap.*) Todavia aqui esta gente! (*alto.*) Señora, mi hija, que por otra parte estaba segura de mi aprobacion, ha querido que os quedaseis anoche en el castillo. Mi deseo seria deteneros tambien algunos dias; aunque la posicion en que todos nos encontramos..
MAD. Exije que me aleje? Yo me hubiera anticipado á vuestros deseos, si el señor Rigoberto, con quien debo partir, no hubiese tenido que hablaros.
DUQ. (*ap.*) Otra vez este Rigoberto! (*alto.*) Hace dos dias, amigo mio, que me perseguis para una audiencia...
RIG. Que parece costaros mucho otorgarme, y por eso he aguardado.
DUQ. Lo siento, mas ahora no me es posible dárosla. Yo os la concedi ayer..... por qué no la aprovechasteis?
RIG. Por vuestro interés mas que por el mio.... Yo nunca gusto de anunciar á las gentes una mala noticia, y la que os traigo...
DUQ. (*con impaciencia.*) Y bien...?
RIG. Ante todo, son necesarias algunas esplicaciones. Tranquilizaos, no serán muy largas.— Señor duque de Champcarville, vuestro hermano mayor murió durante la emigracion, y y como no tenia herederos directos, á vos fueron sus bienes y sus títulos. A estos no tengo ningun derecho; á los otros... ya es diferente.— Vuestro hermano, que era un intrépido y celoso realista, mandaba un regimiento en el ejército de Condé, pero era menester pagar á la tropa... y el señor duque no poseia mas recursos que sus bienes; los cuales confiscados ya en Francia, no podian serle devueltos hasta despues de la victoria.—Entonces, un gran señor, un príncipe de Alemania, cuyo mayordomo soy yo, no temió aceptar una hipoteca tan insegura, y prestó á vuestro hermano un millon, que no le ha sido aun devuelto.
DUQ. Qué oigo!
RIG. (*sacando un papel.*) He aqui el acta, que tiene la fecha del mes de marzo de 1793, asi como todas las cuentas.
DUQ. (*con orgullo.*) Un millon? Y qué es eso?
RIG. No hemos querido hasta ahora importunaros con reclamaciones inútiles; pero habiendo sabido que se os han devuelto vuestros bienes...
DUQ. (*con impaciencia.*) Basta, basta! (*arrancando los papeles de manos de Rigoberto.*) Espero que se me concederá algun plazo...
RIG. Sin duda... Volveré dentro de media hora...
DUQ. (*asustado.*) Media hora!! (*dejándose caer sobre una silla, ap.*) Maldito hombre! Fatal noticia! No sé cómo salir de este berengenal... (*examinando el papel.*) Si, me encuentro arruinado, arruinado sin remedio!
RIG. (*á Madama Bertrand.*) Estais contenta?
MAD. Contentisima! (*estrechándole las manos.*) Ya no me debeis nada!
RIG. (*ap. con una mirada espresiva.*) Todavia si.... dentro de poco, quizás no. (*á Madama Bertrand.*) Ahora qué quereis que haga?
MAD. Dejadnos.
RIG. Pues dicho y hecho. (*vase.*)

ESCENA VIII.

MADAMA BERTRAND, EL DUQUE.

MAD. (*acercándose timidamente al Duque.*) Señor... Señor Duque?
DUQ. Qué hay? Cómo! Aun estais ahi? Sin duda para complaceros en mi ruina, y gozar de mi desesperacion! Pero no tendreis ese gusto, gracias al cielo! Aun me quedan recursos...
MAD. Ninguno! Por eso vengo á ofrecéroslos.— Debeis una suma enorme... Pues bien, yo venderé todo lo que tengo... yo pagaré.
DUQ. (*levantándose.*) Vos?
MAD. Esa será la dote de mi hijo!
DUQ. (*sorprendido.*) Como, vos? Madama Ber-

trand?

Mad. Qué tiene eso de estraño? Tengo que invertir mi dinero.... lo que he ganado en veinte años de trabajo, y lo invierto en la felicidad de nuestros hijos. A qué uso mejor lo puedo destinar?

Duq. (*confuso.*) Ciertamente sois una buena muger, Madama Bertrand. Teneis nobleza ...

Mad. He ahi lo único que no tengo; por eso trato de comprarla. Y como me gusta despachar pronto mis asuntos, respondedme: os acomoda ó no?

Duq. Bien quisiera aceptar.... lo deseo tanto como vos... porque ante todo la ventura de mi hija... Pero ya comprendeis que no se cambia asi de principios...

Mad. Hay tantos que cambian todos los dias por ese precio... y aun por mucho menos!...

Duq. Gentes del nuevo régimen sin duda, pero un Champcarville... (*con altaneria,*) un Champcarville no puede dar su hija á... un Mr. Bertrand!

Mad. (*ofendida.*) Entonces Mr. Bertrand guardará su fortuna, y Mr. de Champcarville perderá la suya. Adios.

Duq. (*deteniéndola.*) Esperad! (*ap.*) Yo bien sé que con el tiempo se modifican las ideas... y se llamaria á mi conducta filosofía, liberalismo..... Tambien hay nobles liberales... Mas yo que he sido siempre su enemigo declarado, no puedo á los ojos del rey y de toda la corte... de repente... y sin transicion... No, no; es imposible!..

Mad. Por qué me deteniais?

Duq. Ya veis que yo hago cuanto me es dado por hallar un medio... Ayudadme vos tambien...

Mad. Cómo?

Duq. Muchas veces sucede que es uno mas de lo que cree... Teneis algun pariente ilustre? Pensadlo!

Mad. Ya lo pienso.

Duq. Y bien?..

Mad. Mi primo el cordonero... mi sobrino el ebanista... No; ninguno!

Duq. Ninguno?—No compraria nadie en vuestra familia algun empleo en la corte, antiguamente cuando se vendian?

Mad. Antiguamente? Ahora tambien se venden.

Duq. Qué era vuestro padre?

Mad. El pobre no salió nunca de su carruage!

Duq. De veras? Tenia carruage?

Mad. Toma! Si era cochero!

Duq. Con que no contais entre los vuestros ni uno solo que haya tenido un destino elevado?

Mad. Aguardad... si, si... Tuve un tio campanero.

Duq. (*enfadado.*) Eh! Dejadme!

Mad. Vos me preguntais, y yo os respondo. No tengo por qué avergonzarme de mis parientes, y sabe Dios, señor Duque, á qué deberian ese título los vuestros!..

ESCENA IX.

Dichos, Rigoberto.

Rig. Aqui estoy, señor Duque.

Duq. Ya?

Rig. Ha espirado la media hora, y hubiera creido faltar á mi deber...

Duq. (*colérico.*) Cuando haya visto, cuando haya comprobado estos papeles...

Rig. Todo está comprobado; las cuentas son perfectamente exactas, y no falta mas que pagarlas.

Mad. (*bajo á Rigoberto.*) Firme, firme!

Duq. (*cada vez mas furioso.*) Además, yo no tengo que ver nada con vos, sino con vuestro amo.

Rig. Es absolutamente lo mismo.

Duq. Veré á S. A...

Rig. Tengo sus poderes.

Duq. Y estoy seguro de que me concederá...

Rig. Ni siquiera un minuto mas que yo.

Mad. (*bajo á Rigoberto.*) Muy bien! Muy bien!

Duq. (*fuera de si.*) Tanta insolencia en un miserable mayordomo!.. Sabeis, señor mio, que en otros tiempos haciamos saltar por una ventana á las gentes de vuestra estofa?

Rig. En otros tiempos es posible; pero ahora seremos nosotros los que os hagamos saltar á vos.

Duq. Qué decis?

Rig. Digo que ahora no somos tan manejables.

Duq. (*furioso.*) Lo creeis?

Rig. Estoy seguro de ello.

Duq. Pues lo vamos á ver.

Mad. (*queriendo detenerle.*) Señor Duque...

Duq. (*llamando.*) Hola!.. (*toma una campanilla y la agita violentamente.*)

Mad. Qué vais á hacer?

Duq. A mandar que le arrojen de mi casa.

Rig. (*sentándose al otro lado.*) Podriais mandarlo si estuvieseis en vuestra casa; pero estais... en casa de Madama Bertrand.

Duq. (*sorprendido.*) De Madama Bertrand?

Mad. En mi casa? Qué estais diciendo?

Duq. Si podeis probarme eso...

Rig. Muy facilmente. (*viendo abrirse la puerta del fondo, y aparecer aldeanos de ambos sexos con ramilletes en las manos: Gerónimo los precede.*) Mirad!

ESCENA X.

Dichos, Geronimo, *aldeanos; y despues Carlos y* Agata, *que salen atraidos por sus gritos.*

Ger. (*anunciando.*) Los vasallos de la señora condesa!

Todos. Viva la señora condesa! (*se dirigen á Madama Bertrand y la presentan los ramilletes.*)

Mad. Yo condesa?

Duq. Aga. *y* Car. Condesa!!!

Car. Qué significa...?

Ger. Es para obsequiar á la señora condesa.

Mad. Se han vuelto locos, no es verdad? (*á Rigoberto.*)

Rig. (*inclinándose.*) No, señora condesa.

Mad. Vos tambien? Os quereis burlar de mi?

Bus. (*dentro.*) Plaza! Plaza!

Mad. Pero qué pruebas, qué títulos?..

Rig. (*viendo salir á Busca-ruidos.*) Ya los vereis.

ESCENA XI.

Dichos, Busca-ruidos *en traje de correo de gabinete, y con el látigo en la mano.*

Bus. (*sale con un paquete sellado: á Rigoberto.*) Sois vos? No sabeis?... Me han nombrado por vues-

tra recomendacion correo de gabinete... y traigo un mensage...

DUQ. Para mi?

BCS. No... para Madama Bertrand.

TODOS. Cómo!

MAD. (*cogiendo el paquete y leyendo el sobre.*) »A Madama Bertrand, condesa de...» Acaso lo seré sin saberlo? (*atónita.*)

GER. (*con alegria al Duque.*) Si, somos Condesas. Y por que no?

MAD. Acabarán por persuadirmelo!

CAR. Leed, madre mia.

TODOS. Leed, leed!

MAD. No sé lo que me pasa. (*lee.*) »Señora: la ejecutoria que va unida á esta carta estaba destinada á vuestro marido, que fue, asi como vos misma, mi bienhechor y salvador. No os ha sido espedida antes por mi cancilleria, por la sencilla razon de que no tenia cancilleria ni principado. El mio, suprimido una mañana por un decreto del *Monitor*, acaba de serme devuelto por el congreso de Viena; y os ruego que aceptéis para vos y para vuestros descendientes, las tierras y el condado de Reichenback.»

DUQ. (*cogiendo vivamente la mano de Carlos.*) El título de conde!!

MAD. (*concluyendo.*) »Vuestro afectisimo.=firmado.=El Príncipe reinante Federico.»

RIG. (*Deja caer su capa, y aparece vestido con riqueza, y cubierto su pecho de condecoraciones.*) El cual es siempre vuestro amigo Rigoberto! (*con efusion.*)

MAD. Cómo! Vos... señor Rigoberto, sois Príncipe?

RIG. Lo mismo que vos condesa!

MAD. Señor! (*queriendo arrodillarse.*)

RIG. Qué haceis?

MAD. Gracias, gracias... porque mi hijo será feliz!..

CAR. Y lo seré por vos! (*abrazándola.*)

GER. (*ap.*) Decididamente!.. No me declararé!

DUQ. Yo soy muy despreocupado, y accedo espontáneamente al enlace de mi hija con el coronel conde de Reichenback.

RIG. En cuanto á vuestra deuda...

DUQ. Estoy pronto...

RIG. La grandeza y la generosidad son los mas bellos atributos de los reyes. Asi, yo os la perdono, señor Duque; porque un Principe da siempre, pero no recibe jamás!

FIN.

MADRID, 1849.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.